
COPLAS ALMONTEÑAS A UN HOMBRE BUENO

Hace ya muchos años,
según la Historia,
nació un niño muy grande
y fue una gloria.

Cantó Villamanrique
con alegría
y al niño le llamaron
Pedro Chirlina.

Niño tan bueno
nunca se había visto
por aquel pueblo.

Al dormir en su cuna
Pedro Chirlina
tenía un angelito
por cada esquina.
Nunca lloraba
porque algún ángel bueno
le consolaba.

Creció con mucha fuerza,
con gracia pura
y todos disfrutaban
sus travesuras.

Se hizo valiente,
filósofo, elegante
e inteligente.
Siempre quería
ver disfrutar la gente
con simpatía.

Tuvo el elegante porte
de un emperador de Roma
y, por suerte, una consorte
divertida con sus bromas.

Un día a los chiquillos
en un saco, y al peso,
les compró grillos.
¡Por San Fulgencio!
¡Aquella noche el campo
quedó en silencio!

Los repartió en las casas
de los amigos
debajo de la cama,
como a Juan Trigo.
Como cantan los grillos
con tantas ganas
los amigos durmieron
por sevillanas.

Compró unos bueyes
que para sí quisieran
los propios Reyes.
Yo nunca he visto
unos bueyes tan guapos,
fuertes y listos.

Llevaron la carreta
del Simpecado
como jamás dos bueyes
la hayan llevado.

Paró Villamanrique
frente a la ermita.
La Virgen, muy contenta,
se sonreía
y al Pastorcito,
señalando a Chirlina,
dijo al oído:

“Así hacen falta muchos
por La Rocina.
Ejemplo de hombre bueno,
Pedro Chirlina.”